



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios....	» 5	PROVINCIAS: trimestre.....	» 3	Extraordinario.....	» 0,50
		EXTRANJERO: año.....	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

MÁS SOBRE LO MISMO



Nos hemos propuesto no dejar en paz á los matadores de toros que pueden y deben ejecutar la suerte de recibir, y que á pesar de sus condiciones particularísimas, no quieren satisfacer esa deuda sagrada que tienen contraída con la afición y con el arte. Pesados nos llamarán ellos mismos y sus amigos, y, sin embargo, tan poca importancia concedemos á ese calificativo, como los toreros dan á los consejos que con la mejor intención les hacemos uno y otro día, por su bien y por el del público, que si hoy les admira, mañana, si recibiesen toros, habría de convertir su admiración en delirante entusiasmo. A todos los que llevan estoque y muleta en sus manos, dirigimos nuestras excitaciones; pero claro es, que nuestras exigencias son mayores y más directas, respecto de los espadas que, teniendo ya adquirida buena reputación, son los más indicados al fin que nos proponemos: y por eso, en artículos anteriores, y especialmente en el que aludíamos á las últimas fiestas de Valencia, nos encaramos resueltamente con Mazzantini y Guerrita.

¿Hay algún otro que se crea con las mismas facultades y conocimientos que esos dos para consumir la suprema suerte del toreo? Pues venga también, que tal es el deseo que tenemos de ver practicada dicha suerte, que no excluimos á nadie, ni aun á los novilleros principiantes, para colmarlos de elogios, si los merecen, y merecerlos es, el solo intento de recibir un toro. Guerrita, aunque defectuosamente, ha recibido ya en nuestra Plaza algunos toros, y los aplausos le han demostrado la aceptación con que el público atiende á los que procuran complacerle; Mazzantini lo ha intentado una vez, con tan perfecta colocación como pudo usar el gran José Redondo, y si la suerte no fué consumada, culpa suya no fué, que el toro no se prestó á ella. Con estos antecedentes, ¿qué tiene de extraño que á esos dos hombres nos dirijamos concretamente? En ellos se impone, como obligación, lo que en otros sería meritorio, aunque no exigible todavía, porque éstos no han acredita-

do como aquéllos, tanta facilidad para matar los toros de varias maneras, y sobre todo, no han intentado jamás completarse matando recibiendo. A Pradilla y Domínguez debe exigírseles en sus cuadros, dibujo, color, entonación, luz y cuanto constituya la posible perfección en la pintura; y á los espadas que tienen valor, facultades y un perfecto conocimiento de su profesión, todo lo que complete su instrucción taurómaca, desde el manejo del capote, las banderillas y la muleta, hasta el modo de matar de cuantas maneras describe Montes en su tauromaquia. Faltando una de éstas, lo diremos cien mil veces: el torero no ha estudiado enteramente el arte de torear; y siendo esto así, los lectores sacarán las consecuencias.

Se dice (y tendríamos gusto en oírlo directamente), que por qué nos hemos dirigido en el número 16 de LA LIDIA á esos dos matadores de toros y no á otros, ciñéndonos á las corridas de Valencia; y se evocan recuerdos de matadores que fueron, tratando de disculpar á los actuales que saben hacerlo y lo ejecutan siempre que quieren. Ya dijimos en aquel artículo las razones que teníamos para descartar del compromiso que imponíamos, á los matadores Lagartijo y Espartero; y ahora añadiremos que ni á uno ni á otro los consideramos con aptitud suficiente para recibir toros, sin negar por eso el mérito respectivo que á cada uno adorna; si indicamos la Plaza de Valencia, como pudiéramos haber señalado cualquier otra, fué el motivo únicamente de que, reuniéndose en ella los mejores toros de las más renombradas ganaderías y los espadas de más significación actual en el toreo, nunca habría mejor ocasión que esa para acreditar superioridad en el arte, puesto que el ejecutar la suprema suerte, justifica aquella en el que intenta ésta, y francamente, no sabemos por qué se nos había antojado que Mazzantini ó Guerrita, por ser más aptos para ello que los otros, harían algo en ese sentido. Que ya lo hacen cuando quieren, se alega ahora; ya lo sabemos, pero sabemos también que con eso no nos podemos conformar: ha de ser siempre que puedan, no siempre que quieran, que el favor que el público les dispensa, es acreedor á algo más que la conveniencia del que á sus expensas vive adquiriendo fama.

No entremos en comparaciones con los pasados, ni evoquemos recuerdos que la historia

consignará en sus páginas: convengamos de buena voluntad en que antes y ahora ha habido y hay toreros malos y buenos, y lidiadores holgazanes sabiendo, y otros que se han sacrificado por complacer al público.

Precisamente, esto y nada más es lo que pedimos á esos dos espadas y á todos los que tengan algo de amor al arte; algo que no se cifre sólo en ganar dinero, sino en adquirir gloria. ¿Qué pecado ha cometido la generación actual para ver siempre matar los toros de un solo modo? ¿No hay en el toreo quienes se atreven á separarse de camino tan trillado? ¡Vaya si los hay! Lo que sucede es, que acostumbrados á recibir ovaciones por el resultado de las estocadas, aunque la manera de darlas sea á paso de banderillas, no creen necesario cambiar de ruta ya aprendida á fuerza de pasar por ella; pero si en vez de esos continuos aplausos, fuera posible que no se tributaran más que á las suertes hechas con entera sujeción al arte, ya apretarian los hoy aplaudidos, que apretar pueden y apretar deben. Suponemos en todos los toreros buenos deseos, y en Mazzantini y Guerrita valor y arte, si no perfecto, porque nada hay perfecto en lo humano, al menos acompañado de mejores condiciones que otros para recibir toros con frecuencia; como nosotros pensamos gran número de aficionados: ¿por qué entonces olvidan tan hermosa suerte? ¿Se sienten lastimados porque á ellos con preferencia á otros exigamos la realicen? ¡Buena fueral! ¡Estaría de ver que confiando un general en la pericia de un capitán, le confiase una operación arriesgada, y á éste le repugnase admitirla y desempeñarla, alegando que otros había en el ejército que pudieran cumplirla!

Deben, pues, esos diestros estaros agradecidos, lo mismo que á la opinión pública, de que los señalemos con el dedo para ejecutar la tantas veces repetida suerte, y aunque no sea más que por justa deferencia á nuestras indicaciones, intentarla y consumarla con amor. Todos ganaremos en ello.

Si el abandono puede más que el deber; si los toreros todos no se apartan de la rutina, nuestros alfilerazos serán continuos, y cualquier atomo de benevolencia que, en compensación de habernos atendido pudiéramos aparentar, quedará extinguido para siempre al observar lo contrario.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

LA LIDIA



NUESTRO DIBUJO



Pocos diestros habrá como el reputado cordobés Rafael Molina (Lagartijo), que puedan disfrutar de la legítima satisfacción producida por el relato de sus hazañas, al cabo de tan largo tiempo transcurrido desde que fueron realizadas, y cuando se halla á punto de poner término á su carrera de artista, sembrada de acciéntados detalles y episodios, transmitidos de unos á otros por los testigos presenciales y aficionados.

Aun en la última etapa de su vida torera, Rafael mantiene todavía el prestigio adquirido á fuerza de trabajo, recompensado prodigamente por la enorme cosecha de simpatías que recoge del público; y parece que su presencia en las Plazas es una garantía de seguridad y buen orden, que facilitan la lidia y cooperan al mejor resultado de las repetidas manifestaciones de la fiesta nacional.

Claro es que no hay que buscar hoy en el veterano maestro aquellos rasgos de temeridad y obcecación que son patrimonio exclusivo de la edad, y que van relegando mancomunadamente los años, el arte y la práctica en la profesión. Podrá admirarse todavía en Lagartijo la elegancia no vulgar en la ejecución de las suertes; la posesión completa de las reglas tauromáquicas, y de vez en cuando, algunos actos de serenidad, hijos del pleno conocimiento en la materia; pero aquella serie de empeñados y peligrosos lances, abordados inconscientemente con harta frecuencia, y á menudo también á impulsos de una noble y disculpable emulación, forman ya catálogo en su historia pasada, y llenan un buen número de páginas de su variada y por demás interesante biografía.

Prolongada sería la relación de los mismos, y ancho campo ofrecen donde elegir, al pintor ó dibujante que se le oponga reproducirlos, como lo ha verificado Daniel Perea, con el que ofrecemos en este número á la aprobación de nuestros lectores.

Refiérese á una de las últimas corridas celebradas en la tan alegre cuanto inolvidable Plaza vieja que se alzaba en las inmediaciones de la Puerta de Acaia. Salio uno de los primeros toros, hermoso animal, de mas respeto que por lo general inspiran los adelantados novillejos que suministran ahora á diario, y tras algunos capotazos y movimiento de los jinetes, en su busca, se colocó en suerte uno de aquellos picadores hermanos, que hasta hace dos años se sucedieron en la cuadrilla de Lagartijo: Curro Calderón.

El bicho arremetió con violencia derrotando en uno de los estribos, y desmontando al picador, que lanzado de la silla, cayó al descubierto en tierra, volviéndose boca abajo y manteniéndose sin movimiento alguno; pero codicioso y fiero el cornúpeto, hizo por el bulto y se revolvió sobre él varias veces, pisándole y no logrando recogerle por estar ya los matadores al quite. No obstante, el toro se resistía á seguir á los capotes, y entonces Rafael, cambiando al terreno de adentro, le llamo la atención hacia la barrera, junto á la que los mozos sabios retenían á la cabalgadura, y empapándole bien en el percal, le atrajo al indefenso caballo, en cuyo cuerpo la res se cebó, destrozándole, mientras los demás libaban al comprometido piquero.

Verdad es que para salvar á éste, hubo necesidad de sacrificar al noble jaco; pero cuando la situación es apremiante y ocasionada á lamentables consecuencias, cualquier recurso debe ser admitido, y elegirse entre dos males el menor; pudiendo en el caso que relatamos darse por bien empleada la muerte del bruto por el rescate del hombre...

Que aunque parezca inhumano matar á un caballo enfermo, es más cruel todavía que muera un hombre en los cuernos.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

LA PRIMERA CORRIDA



Cuando llevaron al *Negrillo* desde la enfermería al Hospital, no pudo darse cuenta de su estado. La mucha sangre que había perdido con la cornada atroz, poderosa, certera, que recibió del primer toro que iba á matar en su vida, en una Plaza formal, hubo de privarle del sentido. Sólo dos horas después de estar en el lecho, volvió á la razón. Abrió los ojos, miró en torno suyo, vió otras camas y en ellas infelices enfermos que, aunque por otros motivos, como él esperaban, entre infinitos dolores, la salvadora cura.

—¿Dónde estoy?—preguntó en voz ahogada.

Dos amigos, que habían quedado á la cabecera, le respondieron dándole alientos. Pero el pobre muchacho no se hizo ilusiones. Sentía allá dentro del pecho la punta del asta, que le impedía respirar; sentíala abrasándole, aunque en realidad era la herida profunda que le interesaba los pulmones;

sentíala como un fuego y como un veneno, que le arrebataba la existencia.

Al tener conciencia de su situación, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Y yo, que había soñado!...—exclamó con desconsuelo y con ira.

Y ante su vista calenturienta se desarrolló el hermoso panorama de sus sueños.

Desfilaron primero los recuerdos de sus aficiones taurinas de muchacho; las corridas en las plazuelas, cuando aún con los libros del Colegio bajo la blusa, improvisaba entre sus camaradas una cuadrilla, de la que él era el espada, apartando para becerro al mocoso mas bobo.

¡Qué risa! ¡Cuánta faena! ¡Qué chorros de sudor por la frente, y qué cabrilleo de luces alegres en los ojos!

Aquel tiempo estaba ya lejos, perdíase en las brumas de la memoria del herido, desvaneciase en la noche de aquella existencia que tocaba á su término.

Pero alzábanse con más vigor y relieve otras perspectivas. Perspectivas de casos soñados, de glorias del porvenir, de triunfos iguales, iguales no, superiores á los de los más famosos diestros.

Y el *Negrillo* veía una Plaza toda alborozada, asordándole á aplausos, apedreándole con obsequios, gritando su nombre en medio de una tempestad de aclamaciones. Veíala frenética, delirante, atronadora; él desde el redondel, la gente arriba, en palcos y gradas, en torno de su cabeza, formándole como una corona humana de entusiasmo.

Y su imaginación iba más allá; saltaba las paredes del Circo taurino, recogía por las calles, por los cafés, por los colmados, la admiración pública, la envidia de los hombres, el amor de las mujeres.

¡Las mujeres! Así como los toros, esas fieras de las dehesas andaluzas, caían á sus plantas, heridas de muerte, bajo la punta de su estoque, de igual modo rendíanse las mujeres, las mujeres españolas, las más bravas hembras del mundo, atravesado el corazón por las flechas que la bravura y la gloria del torero despedían, á semejanza del mitológico Febo, en lluvia de rayos de oro.

Pero todo esto no era ya más que un sueño, una quimérica visión de la febril mente del moribundo.

Tantos laureles, tantas coronas, tantas energías, delicias tantas, perdiéndose habían en la primera batalla.

Ya el *Negrillo* no eclipsaría á nadie, á ningún maestro, á ningún astro del torero. Moriría, moriría en efecto, como un cualquiera, como un ser anónimo, como quien nada hubiera deseado ni hecho en su vida.

¡Pobre muchacho!

Esa exclamación compasiva sería á lo sumo su epitafio, la oración fúnebre de su fama no adquirida.

¡Qué angustiosos debieron ser los últimos momentos de aquel torero! ¿Comprendéis tormento mayor que nacer para ser mucho, y morir no siendo nada?

Afortunadamente, el *Negrillo* perdió en su agonía la cuenta exacta de su inmediato destino. La *negrilla* de su suerte, de la que parecía ser símbolo su apodo de *Negrillo*, se iluminó con una última claridad, con una ilusión postrera: la de que estaba, no postrado en el lecho de un Hospital, sino toreando, fuerte y sano en una Plaza.

—¡Eh!—decía, con los ojos desencajados, agarrando el embozo de la sábana, como si tratase de hacer de ella un capote.—Dejádmelo solo... Veréis qué estocada le espeto... ¡Hasta los gavilanes! Eso es... ¡Ya está despachado!...

Pero aquí el *despachado* fué él.

¡Infeliz!

Retorcido de dolor, expiró dando un mugido, soltando un caño de sangre por la boca.

JOSÉ DE SILES.

Notas sueltas.

Nuestro activo y diligente corresponsal, Francia, de Nimes, nos comunica algunos detalles de la corrida verificada en aquel punto, el 7 del actual, que pasamos á exponer:

La gente, que se hallaba grandemente entusiasmada ante la idea de que se matarían dos toros, asistió en número considerable á la prueba de caballos, efectuada el 6 por la tarde, saliendo muy complacida. El domingo, desde bien temprano, no había más preocupación que la fiesta taurina; las puertas se abrieron á la una, y á las tres, la Plaza, que es sumamente espaciosa, estaba completamente llena y conteniendo cerca de veinte mil espectadores; presentaba un golpe de vista sorprendente.

El ganado del Duque resultó muy bueno. Los cuatro primeros fueron embolados para el primer tercio, y de puntas para los otros dos. A pesar de las bolas, el segundo derribó gran parte de la barrera. Los dos últimos se lidiaron á la española, y mataron seis caballos; uno que quedó en el redondel y cinco que murieron en los corrales.

Cara-ancha estuvo muy bien con el capote, toreando con verónicas, de farol, navarras, frente por detrás, galles, etc., y superior banderilleando al cuarto, al que puso un par quebrando, otro al sesgo y otro al relance. En la muerte no estuvo tan afortunado, componiéndose la faena del quinto de 11 pases por alto y cambiados, y un pinchazo; dos medias estocadas y un descabello á la tercera; y la del sexto, de 14 pases, tres de ellos en redondo, buenos, y un pinchazo y una estocada honda, que hizo doblar al toro.

Lobito, que actuaba de medio espada, cumplió bien con las banderillas, y señaló con acierto dos simulacros. Bento d'Aranjo, caballero en Plaza, muy aplaudido, y los picadores Trigo, Salguero, el Artillero y Vargas, trabajando con deseos.

Los servicios de Plaza, buenos, y los nimeses deseando muchas corridas á la española; y al efecto, se susurraba que sería contratado para otra, el maestro Lagartijo.

**

Alicante.—Se jugaron el domingo anterior seis toros de la ganadería de Veragua, desecho de cerrado y mognos los seis. Resultaron, no obstante, siendo buenos los cuatro primeros, regular el quinto y superior el sexto, aguantando entre todos 38 varas, y despachando nueve caballos.

Corría la lidia á cargo del Ecijano y Pepete, y los muchachos dieron de sí... lo que pueden dar. Estuvieron bien en uno respectivamente, no sabemos si *per se* ó *per accidens*, y medianos en los restantes. El mismo nivel alcanzo el resto de la cuadrilla, sobresaliendo, sin embargo, Agustín Molina, de los picadores, y Zoca y el Abañil, de los banderilleros.

La Presidencia, acertada, y la entrada, muy floja. No daba la corrida el *Especta-Club*; y que pierda esta Sociedad organizando corridas de todo lujo, no tiene nada de particular; pero que pierda otro empresario, dándolas económicas, no se explica tan fácilmente.

Hay que convencerse: el ambiente entra por mucho; toros en Alicante, sin el *Especta*, casi no se comprenden, y el que venga detrás de esa Sociedad... *cae en blando*.

**

La corrida inaugural de la Plaza de Priego (Córdoba), resultó muy del agrado de los espectadores.

El ganado del Excmo. Sr. D. Antonio Minra, dió bastante juego, pudiendo calificarse de superiores los tres últimos toros; buenos, primero y tercero, y regular el segundo. Bravos y con cabeza, pegaron de firme á los picadores, matándoles 12 caballos.

Lagartijo tuvo una de sus mejores tardes, trabajando mucho y bien en los quites, y pareando como él sabe. Matando hizo las siguientes faenas: al primero, seis pases en corto y una estocada corta; al tercero, bonitos pases de todas clases y dos pinchazos; y al quinto, una brega admirable y un volapié hasta la taza, seguido de una ovación indescriptible y la oreja.

El Torerito despachó al segundo de una estocada caída; al cuarto de una en su sitio que le valió la oreja, y al último de otra hasta el puño, estando eficaz en la brega y regular en banderillas.

La entrada un lleno rebosado, habiendo acudido mucha gente de Córdoba y pueblos inmediatos.

**

Entre los festejos que el Ayuntamiento de Madrid dispone para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, parece que figuran dos corridas de toros, para las que se presupuestan 90.000 pesetas.

Con semejante cantidad, excusado es decir que se pueden dar dos corridas de PP y W, y que se pueden correr toros de la mejor ganadería, y pueden correr los diestros de más reputación.

Esto es lo que yo discurro, y que pienso bien infiero; á no ser que á ese dinero le hagan también correr... burro.

**

En Extremadura se verificarán próximamente las siguientes corridas:

Badajoz, 15 del actual: toros de Cámara, para Cara-ancha y Reverte; 16, toros de Palha, por las mismas cuadrillas; y 19, reses de Saltillo, por Lagartijo y Quinito, como sobresaliente.

Almendralejo, 15 y 16: Ganado de Cámara que estoquearán Lagartijillo y el Litri.

Cáceres, 5 y 6 de Septiembre: Bichos del Cura Solís y de Trespalacios, ambos de Trujillo, lidiados por las cuadrillas de Lagartijo y el Torerito.

Estos dos matadores son también los contratados para las del 16 y 17 del corriente en Ciudad-Real. El ganado pertenece á Aleas y á la Condesa de Patilla, respectivamente.

DON CÁNDIDO.